

Posición de la psicología en el cuadro de los conocimientos

ALBERTO PALCOS
Universidad Nacional de La Plata

Uno de los propósitos fundamentales de la epistemología consiste en ubicar a cada ciencia en el cuadro general de los conocimientos. Después de definir la índole y de explorar la estructura interna de las ciencias, establece sus conexiones recíprocas y las dispone en grandes grupos, de conformidad a su objeto y a la manera cómo se enlazan. Ahora bien: ninguna ciencia mueve a más constantes reflexiones y suscita tan prolongados debates como la psicología, cuando se trata de ubicarla en el conjunto del saber. La epistemología enfoca estas cuestiones de modo propio. Prescinde de puntos de vista unilaterales, se levanta por encima del choque de encontradas escuelas y examina al conocimiento tal como se presenta en la realidad. Le sirven de hilo conductor en esta tarea los antecedentes históricos, el análisis crítico y el sentido filosófico y, al cumplirla, trata de no vulnerar esa apetencia de objetividad que es inherente a las ciencias.

La psicología, suele afirmarse, tiene un largo pasado y una breve historia. De acuerdo a las preocupaciones dominantes entre los pensadores, durante ese pasado se plantea esencialmente el problema de la naturaleza del alma, vale decir, un tema por excelencia metafísico. La imposibilidad de hallarle una solución única, los inmensos adelantos de las ciencias físicas y naturales a partir del Renacimiento y el hondo aunque pasajero descrédito que sufre la metafísica en las postrimerías del siglo XVIII, llegando a su mayor límite hacia fines del primer tercio del XIX, constituyen poderosos factores determinantes de la constitución de la psicología como ciencia independiente. Estudia asuntos concretos, accesibles a la investigación inmediata y excluye de su seno las controversias metafísicas. Y pese a la sentencia

de muerte que contra éstas lanza el positivismo a la sazón en auge, seguirán su curso en los dominios privativos de la rama filosófica donde se formulan legítimamente los supremos interrogantes que aguijonean y angustian a un tiempo a los espíritus meditativos.

Como en toda reacción histórica, se va mucho más lejos de lo debido. En el afán de apartar a la psicología del permanente disputar ontológico, se deforma su peculiar semblante. Se produce un vuelco completo. Y si durante centurias la absorbió la metafísica, a esta altura de los acontecimientos se la incorpora lisa y llanamente a la fisiología. Por este motivo Comte, en su clasificación unilineal de las ciencias, no le hace un lugar entre la biología y la sociología: en estricto derecho le hubiera correspondido. Salvan el error luego otros filósofos de cuño positivista, empezando por Spencer, quienes, en los fundamentos de sus clasificaciones, le reconocen dignidad científica en nada inferior a las restantes ramas del saber. Ora experimente, ora erija en insustituible la indagación genética, los más siguen reputándola ciencia natural, exclusivamente.

La mayoría de sus inferencias se prestan a polémica, pero de sus indagaciones, informadas en un criterio evolutivo, resta firme el siguiente aserto: la psique no nace con el hombre, sino con la aparición de la vida sobre el planeta. Diferenciándose la conciencia de la inconsciencia en grado y no por esencia, se presenta cual un perfeccionamiento en la serie de los seres animados. Al comienzo les permite cumplir más acabadamente con la función de relacionarlos con su marco natural, defenderlos, protegerlos y adaptarlos al medio. La conciencia cobra más tarde pleno sentido en el hombre. Como el animal, empujado por instintos gregarios, se agrupa en sociedades que son al principio meras formaciones de la naturaleza. Y mientras las sociedades zoológicas persisten siempre en dicho estado, las humanas empiezan a emerger penosamente sobre el puro nivel biológico. Poco a poco, a través de quien sabe cuántos milenios, ensanchan el poder cognoscitivo y creador de la conciencia. Gracias a este convivir en la sociedad, el hombre adquiere la facultad de abstraer y generalizar, inventa el lenguaje a medida que enriquece la capacidad de pensar y utiliza elementos de la naturaleza para hacer cosas en ella inexistentes. Así establece cierto dominio sobre el contorno natural.

Y luego, culminando estas conquistas, avanza decisivamente a construir sobre el mundo de la naturaleza, el propio o *supernatura-*

leza. Ocurre esto cuando imprime a la sociedad alguna organización, se atiene a normas morales y jurídicas, explica los fenómenos y embarga su alma la religiosidad. El mundo de la naturaleza es común a hombres, animales y plantas. El de la *sobrenaturaleza* pertenece por entero al hombre. Plantas, animales y hombres uniforman las respuestas a los estímulos naturales que se repiten constantemente de la misma manera: las respuestas quedan grabadas en la sustancia hereditaria. En esta forma se consolidan los mecanismos de los tropismos, taxismos, reflejos incondicionados e instintos. Para vivir y adaptarse a las sollicitaciones del ambiente, le bastan a los vegetales sus tropismos y, a los animales, en gran parte, el caudal de sus reflejos e instintos. Como el medio natural en el que se desenvuelven las circunstancias nuevas, no solucionables por los reflejos y los instintos, son comparativamente muy inferiores en cantidad a las que reclaman al hombre las de la *sobrenaturaleza*, su inteligencia tiene muchas menores oportunidades de desenvolverse y progresar. Además, las incitaciones de la *sobrenaturaleza* son múltiples y muy variadas; operan sobre individuos, nunca sobre la totalidad de la especie. Y aunque cada hombre adquiere infinidad de hábitos, éstos no se transmiten a la descendencia. Cada generación, pongamos por caso, aprende a caminar, a hablar y a leer, como si el hombre lo hiciera por primera vez. Y si no se legan a los hijos los hábitos, menos se legarán las aptitudes más personales. Es el desquite de la naturaleza. Impide la formación de nuevos hábitos hereditarios en la especie o en las familias; éstos nacen y mueren con quien los adquiere. Y de tal guisa, cada criatura llega a la vida llevando consigo intacto al hombre primitivo. La civilización recomienza perpetuamente la paciente faena de domesticarlos y, a sus estallidos, no se sustraen ni las más cultas personalidades. La *sobrenaturaleza* aprovecha, encauza, purifica y sublimiza las fuerzas de la naturaleza animal, a condición de operar prolongada y persistentemente sobre cada persona. De lo contrario, siempre será inminente la recaída parcial o total en la barbarie.

Cuando nos remontamos genéticamente a los orígenes, la psicología ostenta sello biológico, porque describe, comprende y explica actividades que sólo se dan en seres vivos. Pero al llegar a la especie humana, acabamos de anotarlo, el contorno natural ya no es el único que configura la psique. Obra, cada vez con mayor imperio, el contorno social. En adelante nuestra especie tiene historia: ninguna otra disfru-

ta de ese privilegio; pero antes, como el resto de la creación, tuvo exclusivamente historia natural. Y en las transformaciones históricas de la sociedad reside la clave del alto desarrollo de sus aptitudes mentales. Sin su concurso, imposible explicar el don de la palabra articulada o escrita, las aptitudes de abstracción y generalización —imprescindibles en el proceso de las ideas—, el poder de la voluntad y el vuelo de la potencia creadora del intelecto. Este, asegura un filósofo, constituye la partícula de divinidad que el hombre lleva consigo.

¿Significa lo precedente que la psicología ha cesado de ser una ciencia eminentemente filosófica? Al contrario, lo es como jamás lo fuera. Los problemas de la conciencia, la voluntad, la personalidad y tantos otros abren cien interrogantes enclavados en el corazón de la filosofía. La psicología es algo más: el vestíbulo de entrada de la filosofía. El conocimiento íntimo del hombre que persigue, ofrece luces guadoras a la lógica, la ética, la gnoseología, la estética y extensas comarcas de la metafísica.

Tras de este apretadísimo resumen insistiremos en una fórmula que nos es particularmente cara: la psicología se nos presenta como un árbol que es biológico por su raíz, social por su copa y troncalmente filosófico. Raíz, tronco y copa forman una recia unidad orgánica y exhiben a la psicología en su indivisa integridad y en su genuino contenido específico. Por lo mismo, ella levanta sus construcciones en el sitio donde convergen las ciencias biológicas, las sociales y las disciplinas filosóficas. Ocupa en el cuadro del saber una altura llena de perspectivas. Desde allí el observador divisa dilatados horizontes. Y animado por el deseo de explorar zonas de las raíces del tronco o de la copa de ese árbol simbólico, llegan a sus dominios biólogos y médicos (naturalistas, fisiólogos, neurólogos, psiquiatras, endocrinólogos), juristas, criminólogos, antropólogos, sociólogos, historiadores, biógrafos, educadores, políticos, teólogos, metafísicos, moralistas, lógicos, epistemólogos, gnoseólogos, axiólogos, estetas y ensayistas. Y son psicólogos natos, poetas, dramaturgos y novelistas excelsos y, también, estupendos pintores, escultores y músicos. Y vienen en procura de atisbos e indicaciones los hombres de Estado, los políticos, los militares, los marinos, los periodistas, los industriales, los comerciantes y cantidad de jóvenes que aspiran a orientarse en la vida. Esta apetencia de conocimientos psicológicos obedece a una razón primordial: la psicología describe y caracteriza la variedad de los tipos

humanos y se identifica con lo que hay de más profundo, íntimo y escondido en la vida. Desde luego, muchos se interesan únicamente por aspectos fragmentarios de esta ciencia o la miran desde un ángulo especial. Nada tendría de objetable, a condición de abarcarla como un todo. El conjunto explica a las partes y no las partes al conjunto. La falta de visión orgánica y de sentido filosófico malogra ingentes esfuerzos.

No hace a nuestro objeto examinar, ni panorámicamente, las diferentes clasificaciones de las ciencias, para ubicar a la psicología. Dejaremos de lado, asimismo, el problema referente a si las matemáticas, integran el reino de las ciencias cosmológicas, según sostiene Ampère, o merece un sitio propio y aparte, conforme defienden otros pensadores. Y admitiendo que las restantes ciencias se dividen en cosmológicas o de la naturaleza y en noológicas, del espíritu o culturales, concluiremos que la psicología no es ciencia exclusivamente natural ni ciencia del espíritu, sino coronamiento de las ciencias de la naturaleza y base de las del espíritu. Esta posición excepcional, no viene exenta de graves responsabilidades para quienes la cultivan. Nos patentiza por qué la psicología es la más relacionada de las ciencias y cuán difícil es no ceder a puntos de vista parciales, quebrantadores de la necesaria unidad. Abierta en todas las direcciones, de su cosecha de verdades se muestran pendientes extensos sectores del conocimiento.